

habria salvado del naufragio. Pero aquellos monarcas infelices estaban sitiados por ministros adeptos de la nueva filosofía. ¡Todos los que se opongan á nuestras ideas, dijeron ellos (y lo mismo repitieron los de España), son turbulentos y sediciosos; los que intenten desengañar al rey son traidores; los que quieran mantener las columnas del estado, que queremos derribar, facciosos y fanáticos! ¡Ordenes y decretos contra ellos!

Los de España se jactaban de que la ilustracion y las ciencias iban á amanecer en la nacion. Universidades, colegios, iglesias, regulares, militares, cada dia es señalado con una órden para la reforma de todo esto. Y ¿qué sucedió? Jamas peores estudios, mas decadencia y desprecio de las ciencias, establecimientos mas corrompidos, mas insubordinaciones en todos los órdenes, mas relajacion en los tribunales, mayor ruina de costumbres, en fin cuanto se ha visto desde entónces acá en la desgraciada Península. Hubo sí, luces y talentos, mejoraron ciertos ramos comerciales y económicos, con los de lujo y de bellas artes, todos los que lisonjean el gusto y los sentidos. Pero se miraron con desden las ciencias principales, que son las que perfeccionan el espíritu y sostienen la sociedad, y, lo que es peor, quisieron fundirlas de nuevo en el molde de la filosofía. Túvose á ménos ser religioso, por parecer político. Todo vino á tierra. Malográronse tantos ingenios y tantas fatigas; y se vió verificado el oráculo divino, que el que no edifica sobre el cimiento de la Religion, funda torres en el aire.

Así fué como el gobierno ministerial en el reinado de Cárlos III abrió las primeras brechas para la ruina de la nacion española. A la sombra de las voces pomposas de «proteccion, de regalía y de alta policia eclesiástica,» se juzgó habilitado para entrometerse en el gobierno de una y otra autoridad; y con estos juegos

de palabras quiso tergiversar los innumerables y expresos oráculos del Evangelio, donde exclusivamente es dada la intendencia y gobierno de las cosas espirituales y que miran á la Religion, á los pastores del rebaño de Jesucristo. Adelantóse este espíritu en el reinado de Cárlos IV, como se ve por los decretos del ministro Urquijo y por otros documentos, creciendo en la misma proporcion la licencia, la relajacion y corrupcion de costumbres. Estalló la revolucion como consecuencia de tantos desconciertos; y entónces se trabajó mucho mas en corromper los espíritus, y en extraviar la opinion hasta un punto, que quedaba poco que hacer para establecer entre los Españoles la supremacia anglicana. Los escritos de aquel tiempo conducian á esto, y otros conspiraban á mas, que es á borrar de los mismos Españoles todo sentimiento de la Religion, y á mofar toda autoridad de ella. ¡Qué mucho que recogiesen frutos abundantes, si encontraban el campo tan cultivado desde mucho tiempo atras, y tan débiles los resortes que debian ligar los corazones á esta divina autoridad! pues en esta materia la debilidad produce la indiferencia, la indiferencia el desprecio, y el desprecio un sacudimiento absoluto de toda subordinacion. Tales debian ser las consecuencias de la insensata manía de hacer insensible y nula la autoridad de los pastores, y de usurparla los magistrados políticos. Porque es imposible que deje de cundir el espíritu funesto de tolerancia, de licencia y finalmente de desprecio hácia los objetos del órden religioso, cuando se ven tratar y juzgar por manos legas, como un juguete de la política.

A la irreligion de una parte de la nacion es necesariamente consiguiente la insubordinacion á la autoridad política, la falta de verdadero patriotismo, ó la indiferencia para con el gobierno legítimo, la divergencia de

opiniones, la discordia y enemistad de los ciudadanos entre sí, en suma la confusion y el caos en todas las cosas, durante lo cual con nada de útil se atina, y todo camina rápidamente á su ruina. Por todos estos males indecibles ha pasado la nacion española en nuestros dias. Ella fué destrozada por tropas extranjeras que la privaron un tiempo de su libertad y de su rey; ha perdido sus colonias; ha sido agitada de furiosas facciones; ha divagado por constituciones políticas incompatibles con el órden, con el sosiego y felicidad pública, y últimamente se ha anegado en sangre con la guerra civil. ¡No permita Dios que los gobiernos de los nuevos estados de América sigan en el punto de que hablamos el ejemplo de los Españoles, como por desgracia se ha visto alguna vez en esta ó la otra parte! Porque si los cedros del Líbano no han podido mantenerse entre las tempestades políticas que arrastra la irreligion, fruto infalible de las innovaciones eclesiásticas atentadas por el poder secular, ¿qué será de las tiernas plantas que acaban de nacer, y apénas se arraigan á la tierra?

El obispo de Cuenca representaba á Carlos III la pérdida de la Havana y las desgracias de la campaña de Portugal, como castigos del cielo por los primeros avances que en su tiempo se hacian contra la Iglesia y su autoridad. El filósofo Campomanes se burló de su credulidad, é intentó explicar por causas naturales aquellos calamitosos acaecimientos: ¡como si el mundo se rigiese por leyes de una ciega necesidad, ó como si en el órden de la Providencia pudiese suceder nada que no lleve la mira de ejercer la justicia ó la misericordia con los pueblos y los que los rigen! ¿Qué diria, si ahora resucitara, al ver los males extremos que él, con los otros que dirigian el gobierno, han causado á la nacion? A lo ménos es ya tan claro el enlace, y tan estrecha la concatenacion de las causas físicas y mora-

les de los desastres de la nacion, que á no haber perdido la razon en el otro mundo, no podria dejar de reconocerla.

La ruina pues de la España ha sido la obra de los jurisperitos de aquella época: ellos empezaron á socavar el abismo en que se ha hundido. ¡Ay de vosotros! podríamos decirles con el Evangelio (Luc. cap. xi, v. 52); ¡ay de vosotros jurisperitos que os apoderasteis de la llave de la ciencia! vosotros no entrasteis en ella, y cerrasteis la entrada á los que la tenian. *Vae vobis... quia tulistis clavem scientiae: ipsi non introistis, et eos qui introibant prohibuistis!* Os engañasteis miserablemente en vuestros planes. Os engañaron los enciclopedistas, esos pretendidos sabios, esos oráculos del jansenismo, á quienes escuchasteis exclusivamente, y cuya lepra no supisteis discernir; y unos y otros deslumbrasteis á tantos con vuestras paradojas. Ellos os metieron en la cabeza declarar la guerra á Roma; y Roma os decia la verdad. No quisisteis escucharla, cuando os intimaba la necesidad absoluta de dejar á la Iglesia que se gobierne como Dios lo ha ordenado, y el peligro extremo que corren los gobiernos en menospreciar ó invadir su autoridad toda divina y sobrenatural. Os introdujisteis en el santuario, presumiendo gobernarle mejor; y no conseguisteis sino profanarlo, y hacerle perder en vuestras manos la fuerza y respetabilidad que solo tiene en las de sus propios pastores. Creisteis aumentar el poder del rey, deprimiendo el de la Iglesia; y no hicisteis mas que minar los cimientos del trono, que reposa sobre su firmeza é inviolabilidad. Intentasteis dominarla, no siendo dado á los reyes sino protegerla; y esta proteccion, que es un favor y gracia singular de Dios, la convertisteis en instrumento de tiranía, olvidados igualmente de que la Iglesia no necesita de los hombres, sostenida del socorro del Al-

tísimo, que le está prometido, y de que la justicia del cielo la ha hecho triunfar en todos los siglos de sus tiranos y perseguidores, hasta aniquilar por esta causa los reinos y los imperios.

Oidlo de boca del ilustre Fenelon (1), á quien no rehusaréis el testimonio de un espíritu ilustrado.

« Tendamos la vista, dice, sobre la Iglesia, es decir, sobre esta sociedad visible de los hijos de Dios, que se ha mantenido al traves de los tiempos. Ella es el reino que no tendrá fin. Todas las otras potencias se elevan y caen. Despues de haber asombrado al mundo, desaparecen. Sola la Iglesia, á pesar de las tempestades de afuera y los escándalos de adentro, subsiste inmortal. Ella vence á todos con el sufrimiento, y no tiene otras armas que la cruz de su esposo.

« Consideremos á esta sociedad bajo de Moises. Faraon la quiere oprimir: las tinieblas se palpan en Egipto; la tierra se cubre de insectos; el mar abre su seno, sus aguas suspensas se elevan formando dos muros, un pueblo entero atraviesa el abismo á pié enjuto; el pan llovido del cielo le alimenta en el desierto; el hombre habla á la piedra, la piedra mana torrentes de agua: todo es prodigio por espacio de cuarenta años para libertar la Iglesia cautiva.

« Adelantemos. Pasemos á los Macabeos. Los reyes de Siria persiguen la Iglesia. Ella no puede resolverse á renovar una alianza con Roma y con Esparta, sin declarar, en espíritu de fe, que el apoyo con que cuenta no es otro que las promesas de su esposo. « Nosotros, decia Jonatas, no necesitamos de nada de estos discursos, teniendo por consuelo los libros santos que están

(1) *Discurso á S. A. S. el Elector de Colonia en el día de su consagracion.*

en nuestras manos (1). » Y en efecto, ¿de qué puede la Iglesia tener necesidad acá en la tierra? Ella no necesita mas que la gracia de su esposo para producir efectos. Su sangre misma es una semilla que los multiplica. ¿A qué mendigar un socorro humano la que se contenta con obedecer, sufrir y morir, no siendo de este mundo su reino, que es el de su esposo, y teniendo sus bienes todos mas allá de la vida presente?

« Pero volvamos nuestra vista hácia la Iglesia, contra quien Roma pagana, esta Babilonia embriagada con la sangre de los mártires, se esfuerza y conjura para destruirla. La Iglesia subsiste libre en las cadenas, é invencible en medio de los tormentos. Dios permite que corra por espacio de trescientos años la sangre de sus hijos muy amados. ¿Porqué os parece que lo hace? Es para convencer al mundo entero, por una experiencia tan larga y tan terrible, de que la Iglesia, como suspensa entre el cielo y la tierra, no necesita sino de la mano invisible que la sostiene. ¡Jamás fué tan libre, tan fuerte, tan floreciente, tan fecunda!

« ¿Qué ha sido de aquellos Romanos que la perseguian? Ese pueblo que se jactaba de ser el « pueblo rey, » fué entregado en presa á las naciones bárbaras. El imperio terreno se desplomó. Roma es sepultada bajo de sus ruinas con sus falsos dioses. No queda mas memoria de ella que por otra Roma nacida de sus cenizas, la cual siendo pura y santa, vino á ser para siempre el centro del reino de Jesucristo.

« Despues de aquel espectáculo de trescientos años, Dios se acuerda en fin de sus antiguas promesas. Se digna hacer á los señores del mundo la gracia de admitir-

(1) *Machab., lib. I, cap. XII.*

los á los piés de su esposa. Ellos se hicieron sus nutricios, y les fué dado « besar el polvo de sus piés. » ¿Pero fué acaso este un socorro que viniese oportunamente á sostener la Iglesia conmovida? No : el que la habia sostenido tres siglos contra el poder de los hombres no necesitaba para esto de la flaqueza de los hombres vencidos ya por ella. Fué un triunfo que el esposo quiso dar á la esposa despues de tantas victorias : fué, no un recurso para la Iglesia, sino una gracia y una misericordia para los emperadores. ¿Qué cosa, decia san Ambrosio, mas gloriosa para el emperador que ser hijo de la Iglesia?....

« Si se trata del órden civil y político, la Iglesia que tiene en sus manos las llaves del reino del cielo, está muy léjos de querer turbar los reinos de la tierra. Sus deseos no miran á nada de lo visible : solo aspira al reino de su esposo, que es el suyo.... Ella da sin cesar el ejemplo de sumision y de zelo el mas puro por la autoridad legítima : derramaria toda su sangre para sostenerla. ¡Príncipes! la Iglesia os ama. Ella ruega dia y noche por vosotros. No teneis un apoyo mas firme que su fidelidad. Ademas de atraer sobre vuestras personas y sobre vuestros pueblos las bendiciones celestiales, inspira á vuestros pueblos una afecion á toda prueba hácia vuestras personas, que son las imágenes de Dios en la tierra.

« Si la Iglesia acepta los dones piadosos y magníficos que le hacen los príncipes, no es porque quiera renunciar á la cruz de su esposo y gozar de riquezas falaces : no quiere en esto sino que los príncipes tengan el mérito del sacrificio. No se sirve de ellas, sino para adornar la casa de Dios, para dar una honesta subsistencia á sus ministros, y para socorrer á los pobres súbditos de los mismos príncipes. Ella no busca la riqueza de los hombres, sino su salud ; no las cosas de ellos, sino á

ellos mismos. No acepta sus ofrendas perecederas, sino para procurarles los bienes eternos....

« Mas ¿trátase del ministerio espiritual, dado á la esposa inmediata y únicamente por su esposo? La Iglesia le ejerce con total independecia de los hombres. Antes que sufrir el yugo de las potestades del siglo, ántes que perder la libertad evangélica, renunciaria todos los bienes temporales que hubiese recibido de ellas. Jesucristo dijo : « Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id pues, enseñad á todas las naciones, bautizadlas, etc. » Esta omnipotencia del esposo ha pasado la misma á la esposa, y no tiene límites. Toda criatura sin excepcion le está sometida. Así como los pastores deben dar á los pueblos el ejemplo de la mas perfecta sumision y de la mas inviolable fidelidad á los príncipes en lo temporal, del mismo modo los príncipes, si quieren ser cristianos, deben por su parte dar á los pueblos el ejemplo de la mas humilde docilidad y de la mas exacta obediencia á los pastores en todo lo espiritual. Todo lo que la Iglesia ata en la tierra, es atado en el cielo ; todo lo que desata, es desatado. Todo lo que ella decreta, es confirmado en el cielo. He aquí la potestad que describe el profeta Daniel al cap. vii « El reinado, la potestad y la grandeza del poder sobre todo cuanto hay bajo del cielo sea dada al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino será eterno, y á quien todos los reyes servirán y obedecerán. »

« ¡ O hombres que no sois mas que hombres ! aunque la adulacion os tienta á olvidaros que lo sois, y á elevaros sobre la humanidad, acordaos que Dios lo puede todo sobre vosotros, y que vosotros nada podeis contra él. Turbar á la Iglesia en sus funciones es atacar al Altísimo en aquello que le es mas caro, que es su esposa. Es blasfemar contra sus promesas, es osar un imposible, es querer trastornar el reino eterno. ¡ Reyes

de la tierra! en vano «os coligaréis contra el Señor y contra su Cristo (1);» en vano renovaréis las persecuciones: renovándolas, no haréis sino purificar la Iglesia, y granjearle la belleza de sus antiguos días. En vano diréis: «rompamos sus vínculos, y quebrantemos su yugo: aquel que habita en los cielos se reirá» de vuestros proyectos. El Señor ha dado á su Hijo «todas las naciones como herencia suya, las extremidades de la tierra como cosa que debe poseer en propiedad.» Si no os humillais bajo de su mano poderosa, él os «quebrantará como vasos de barro.» Será privado de su potestad cualquiera que ose levantarse contra la Iglesia.

«No será esta quien se la quite, pues no hace mas que sufrir y orar. Si los príncipes intentasen oprimirla, ella, abriendo su seno, les diria: herid. Pero añadiría como los apóstoles: «Juzgad vosotros mismos delante de Dios si es justo obedeceros á vosotros antes que á él (2).» No soy yo el que aquí habla, sino el Espíritu Santo. Si los reyes faltasen en «servirla y obedecerla, el poder será arrancado de su mano (3).» El Dios de los ejércitos, sin el cual en vano seria guardar las ciudades, no les asistiría mas en los combates....

«No permita Dios que el protector gobierne, ni prevenga jamas en cosa alguna los reglamentos eclesiásticos. Él aguarda, escucha con humildad, cree sin detenerse lo que ella enseña, obedece lo que manda y hace que se obedezca, así por la autoridad de su ejemplo como por el poder que tiene en sus manos. El protector de su libertad jamas la disminuye. Su proteccion no sería ya un socorro, sino un yugo disfrazado, si pretendiese dirigir á la Iglesia, en lugar de dejarla dirigirse á sí misma. Este exceso funesto fué el que pre-

(1) Ps. II.

(2) Act. cap. IV.

(3) Isaias, LX.

cipitó la Inglaterra á romper el vínculo sagrado de la unidad, queriendo hacer jefe de la Iglesia al príncipe que no es mas que el protector de ella.

«Cualquiera que sea la necesidad que tenga la Iglesia de un pronto socorro contra las herejías y contra los abusos, es mucho mayor la que tiene de conservar su libertad. Cualquiera que sea el auxilio que ella reciba de los mejores príncipes, no cesa jamas de decir con el Apóstol: «Yo trabajo hasta sufrir las cadenas, como si fuese culpable; pero la palabra de Dios,» que anunciamos, «no puede encadenarse (1)» por ninguna potestad humana (2).»

(1) II. *Timoth.* cap. II.

(2) A propósito de las innovaciones eclesiásticas atentadas por las potestades del siglo, es muy digna de leerse la preciosa obrita titulada: *Observaciones hechas por los años de 1766 sobre la reforma eclesiástica de Europa, para que sirviese de advertencia á la que se anunciaba en España*, donde con un lleno de erudicion escogida, y con todo el peso del racionio, se demuestra que la reforma intendida se trata y dispone por personas incompetentes; se hace y solicita por medios inconducentes; se versa sobre materias, ó inocentes, ó impertinentes; y se ordena á fines interesados y terrenos. Su autor fué el sabio y virtuoso padre Fr. Fernando Cevallos, de la órden de San Jerónimo, á quien se le debe tambien la eruditísima obra de la *Falsa filosofía* rea de crimen de estado, que asombró al mismo Campomanes; pero que le atrajo la persecucion de los prosélitos del filosofismo en España, y apenas logró imprimir los seis primeros tomos, impidiéndosele la edicion de los cuatro restantes, y prohibiéndosele escribir contra los filósofos, á pretexto de no turbar la paz y conciencia de los Españoles, entre quienes se creía seguramente sin necesidad de excitar controversias. Pero el consejo era de Voltaire, dado á sus amigos de la corte, y el verdadero designio, enfrenar á los perros para que no ladrasen contra los lobos, y oprimir la verdad dejando el campo libre al error. Voltaire consiguió tambien que le desterrasen de Madrid. (Véase la *Biblioteca de la Religion*, tom. XIX, pág. 277.)